TEORIAS DE LA PERSONALIDAD EN LA PSICOLOGIA ACTUAL

II. LOS ESTRATOS DE LA PERSONALIDAD (*)

La Psicología estructuralista representa, en la evolución de la psicología actual normal y patológica, una reacción frente a las dos tendencias extremas dominantes durante las primeras décadas de nuestro siglo, que trataban de reducir al hombre a pura biología, de un lado, o a un sistema de fuerzas y tendencias instintivas animadas por un determinismo sexual, por otro.

Como ya hemos dicho en alguna ocasión (1), la psico-fisiología ha sido hasta ahora tributaria del dualismo cartesiano, que rompió la armonía existente entre lo biológico y lo psíquico del hombre. Los esfuerzos de la ciencia actual tienden a reconstruir esa unidad, que se nos manifiesta más evidente a medida que los métodos de observación van haciéndose más objetivos. Las teorías que vamos a considerar sostienen que la psíquis y el cuerpo forman un todo indisoluble, estructurado en estratos o niveles, independientes, en cierto sentido, de una superestructura, del "yo". Así, pues, la personalidad humana estaría integrada por una serie de estratos —estructura somatopsíquica— y la superestructura del "yo", o en otros términos, por tres niveles —corporeidad, alma y espíritu— que encarnarían los valores biológicos, anímicos y espirituales de la vida del hombre.

El parentesco de estas teorías con las definiciones del sistema nervioso como estructura estratificada (H. Jackson), integradora de las actividades motoras, sensoriales y psíquicas (Ch. Sherrington), es demasiado notorio para que no lo hayan destacado todos los autores. Pero este

dose en bases fisiopatológicas formuló un esquema de la estratificación de la personalidad, introduciendo los conceptos de *personalidad profunda* y *personalidad cortical,* que con el tiempo han venido a hacerse usuales en la psicología y psicopatología de la personalidad (2). Tales conceptos vinieron a introducir una dicotomía demasiado radical, ya que realmente en un individuo adulto normal, la personalidad llamada profunda y la cortical se encuentran armónicamente integradas. En la primera infancia intervienen las estructuras más primitivas del cerebro —paleoencéfalo—, es decir, aquellas que garantizan la realización de las funciones vitales, mientras que el cerebro cortical —neoencéfalo—, responsable orgánico de las funciones psíquicas superiores, va progresivamente desarrollándose hasta funcionar como un órgano de control e inhibición de los automatismos reflejos propios de la vida "primitiva". Entonces es cuando hacen su aparición en la vida psíquica las actividades cognoscitivo-volitivas, elevando las tendencias humanas más allá de los límites de sus primarias necesidades vitales.

Estas primeras tentativas de Kraus de analizar el desarrollo de la personalidad profunda hacia los ámbitos de la personalidad superior o cortical, alcanzaron mayor amplitud y solidez científica con los estudios experimentales de Kurt Goldstein y Martin Sheerer (3), acerca de los dos tipos predominantes de actividad o "actitud" psíquica: *la concreta y la abstracta.* La actitud *abstracta* representa biogenéticamente un "nivel" superior, cuyo responsable orgánico está situado en los lóbulos frontales, la región del cerebro que alcanza un nuevo y extraordinario desarrollo en el hombre con relación incluso a los primates infrahumanos. Esta actitud abstracta, propia del hombre maduro, contrasta con la actitud *concreta* característica de los niños o de los adultos en

Otras teorías sobre estratificación de la personalidad.

Ph. Lersch, siguiendo el camino iniciado por Rothacker, se aleja también de la sistemática rígida de los estratos, inspirada en los modelos anatómicos del cerebro. Sustenta el concepto de personalidad sobre un dualismo funcional integrado por: un plano o estrato de *fondo*, que llama *endotímico*, y que comprende las necesidades vitales, las emociones y ciertas motivaciones humanas; y un plano que denomina *superestructura personal*, que corresponde al ámbito de las actividades psíquicas cognoscitivo-volitivas y ego-céntricas (16).

Lersch y Rothacker se complementan mutuamente, pues mientras el primero ha ahondado más en el estudio de la personalidad profunda, el segundo ha analizado predominantemenete la personalidad a través de sus motivaciones psíquicas superiores.

Para Thiele (17) la psicología de los estratos puede reducirse a los siguientes postulados fundamentales. Desde un punto de vista fenomenológico, la vida revela en sí misma un cierto dualismo; el hombre experimenta constantemente el flujo de una corriente de instintos, tendencias, impulsos, emociones, etc. (la *Seele* —alma— de Klages), que consigna por medio de actos espontáneos de la mente (el *Geist* —espíritu— de Klages). El constante flujo que brota del "alma" aporta los materiales que son modelados por la mente en productos cognoscitivos y fijados en forma de determinaciones volitivas. Esta doble línea de actividades, es referida a dos estratos diferentes: el *pathopsyche*, del que fluyen los impulsos, emociones y motivaciones; y el *poiopsyche*, en el que se originan las actividades cognoscitivo-volitivas y las ego-céntricas. De estos dos estratos, el primero es pasivo y controlado por el segundo, que es espontáneo y relativamente autónomo.

El pathopsyche está subdividido en dos subestratos: el *somatopsyche*, que regula las necesidades vitales y el *thymopsiche*, en el que se engendran los impulsos, tendencias y emociones.

El *poiopsyche* está presente también, aunque en un grado diferente de "conciencia", en la experiencia pasiva de las actividades propias del pathopsyche.

La experiencia de las manifestaciones propias del pathopsyche y la dirección de su curso hacia ciertos canales de la vida psíquica, nos indican el papel que la auto-conciencia juega en la estructura de la personalidad. Hasta un cierto grado, la auto-conciencia participa en los cambios y dirección del flujo constante de emociones; además, en lo más íntimo de la auto-conciencia existe un punto, el "ego" que pertenece como

(16) LERSCH, Ph., *Der Aufbau des Charakters*. Leipzig: Barth, 1948.

(17) THIELE, R., *Ueber den Gebrauch von Raumbildern in der Psychologie, insbesondere ueber das Wesen und den Erkenntniswert der psychologischen Schichtheorien*. Studium Gen., 1948, 1, 144-156.

atento espectador inafectado por dichas actividades. El "ego" constituye,

mundo físico que le circunda. Una vivencia más diferenciada descubre en sí mismo frente a la realidad de sus funciones vegetativas por las que experimenta el ritmo de lo vital; vivencia orgánica que marca las diferencias radicales que le separan del mundo de lo inorgánico; vivencia de un orden según el cual los medios internos se ordenan mediante unas leyes o interrelaciones mutuas en el todo psicosomático. Experiencia íntima que descubre el poder de adaptación del hombre como un todo bio[illegible] al mundo que le rodea por medio de una actividad

universal, independientemente de la actitud que cada uno adopte frente al mundo. La vivencia sería, pues, como la expresión subjetiva de la

estratos a la psicogénesis de la personalidad. La primera infancia sería una reminiscencia del primer hombre; los períodos medio y final de la infancia representan vestigios del hombre primitivo que alcanzaría su madurez a los doce años aproximadamente, por lo cual, el individuo sería iniciado en esta época en las costumbres de la tribu. El hombre culto inicia su madurez a los doce años, y este período se prolonga hasta los veinte, época en la cual comienza la edad adulta.

Según Schmeing, los períodos inicial y final de la infancia terminan con una especie de pubertad, que en el último de dichos períodos se caracteriza por la madurez de los órganos genitales, acompañada de un cierto tipo de madurez psíquica rudimentaria. Cada uno de estos períodos de pre-pubertad va precedido de su correspondiente fase de negativismo y de un elevado tono emocional.

En las etapas correspondientes al desarrollo del psiquismo superior, también se da, afirma Schmeing, una cierta correspondencia psicogenética. La visión animista que posee el hombre primitivo, tiene su remedo en el pensamiento mágico de la infancia; y los comienzos del pensamiento abstracto en el individuo culto, tienen sus atentecedentes en la capacidad del hombre primitivo para inventar y usar instrumentos de trabajo y defensa.

Para Pfaender (20) la madurez psíquica de la personalidad se adquiere por el desarrollo de una serie de funciones inicialmente primitivas, que van perfeccionándose progresivamente. Estas funciones son de tres órdenes: cognoscitivas, emocionales y prácticas o ejecutivas.

Los impulsos cognoscitivos superiores ascienden perfeccionándose sucesivamente desde el nivel de las sensaciones, pasan por los procesos de percepción e ideación para finalmente alcanzar el nivel intelectual. Los impulsos prácticos o ejecutivos se desarrollan desde un instinto relativo a las necesidades vitales primarias, y a través de los impulsos y tendencias alcanzan el grado de volición racional. Finalmente, las reacciones emocionales primitivas engendradas a base de sentimientos elementales de carácter animal, se elevan a través de las motivaciones y emociones afectivas al más alto grado de los sentimientos superiores.

Heinz Remplein (21) inspirándose en las ideas de Lersch, ha sistematizado sus estudios psicogenéticos acomodando las diferentes fases del desarrollo de la personalidad a otros tantos estratos de progresiva madurez funcional.

En el período inicial de la primera infancia (hasta los cinco años), el niño vive a expensas del estrato de las necesidades vitales, gobernado por el instinto de conservación y por una exigencia de "comodidad" biológica. Ese estrato vital activa constantemente las siguientes funciones psicológicas: *sensaciones*, íntimamente unidas a la memoria asociativa,

(20) PFAENDER, A., *Die Seele*. Halle: Niemeyer, 1933.
(21) REMPLEIN, H., *Die seelische Entwicklung in der Kindheit und Reifezeit*. Munich: Federmann, 1949.

funcionando como un sistema de comunicación que sólo es activado por un estímulo adecuado a esas necesidades vitales; y *emociones,* que traducen el placer producido por el ejercicio de esas funciones vitales o el desagrado cuando no se realizan normalmente.

Hacia el fin de la infancia o pre-pubertad, el estrato de la motivación adquiere su predominio, confinando al sujeto dentro de sí mismo, como preparación para el período de subjetivismo negativista que caracteriza a la próxima etapa: la pubertad. Por consiguiente, durante este período la motivación directriz de la vida psíquica consiste en una llamativa tendencia a la auto-valoración. Otra motivación característica de este período es la tendencia a adquirir un conocimiento de las cosas. El estrato vital interviene alimentando las tendencias de auto-afirmación, mientras que el estrato de la superestructura personal tiende a cultivar y depurar el conocimiento abstractivo de relación y causalidad como nuevas actividades, y estas ya de orden típicamente intelectual. Todo este nuevo campo de actividades hace su aparición a expensas de un desvanecimiento del mundo de lo "mágico", característico de la psicología infantil.

Después de este período de subjetivismo negativista que caracteriza a la pubertad, el estrato de la motivación influye en el adolescente canalizando sus actividades hacia una nueva exteriorización de la vida psíquica, en la cual el estímulo predominante es el mundo de lo objetivo. Este proceso va desarrollándose al tiempo que el adolescente gana también en seguridad y estima de sus propias capacidades. Entonces es cuando la actitud hacia los demás adquiere toda su importancia estableciendo una nueva vida, o relación de *amor* y *sociabilidad* hacia los individuos y colectividad respectivamente. Durante este período el estrato vital deriva sus actividades hacia el campo de las tendencias sexuales, hasta entonces muy indiferenciadas, concentrándolas sobre un solo objeto.

La superestructura personal ("yo"), desde este momento, tiende a ampliar cada vez más el ámbito de la mirada sobre el mundo de los valores externos y objetivos, incrementando la eficiencia de las actividades cognoscitivas y volitivas. A medida que el campo de las motivaciones va haciéndose más extenso, la inteligencia se capacita para afrontar problemas universales y abstractos.

Alteraciones en el desarrollo de la personalidad.

La psicopatología actual ha llamado la atención sobre la importancia que los *momentos de transición* entre los estados que se suceden durante el desarrollo de la personalidad, tienen para la interpretación y estudio de los sueños, hipnosis, histeria, neurosis y esquizofrenia (22).

El concepto de *desintegración* de los estratos superiores y más recientes con respecto a los inferiores o primitivos, se ha mostrado suma-

(22) THIELE, R., Op. cit.

mente fecundo en las investigaciones psicopatológicas. Esta desintegración y desarmonía entre los distintos estratos presidió también la patología cerebral estratigráfica formulada por Kleist, basándose en la observación de trastornos de la personalidad causados por lesiones cerebrales producidas en la guerra (23).

En la estructuración dinámica de la personalidad, las deficiencias en la interacción entre los distintos estratos se traducen en trastornos de la misma. En la transición de la primera a la segunda infancia, entre los tres y los cuatro años, escribe Remplein (24), debe realizarse una suave integración de las actividades vitales con las motivaciones, por una parte, y con los incipientes brotes de la superestructura personal, por otra. Esta articulación de los nuevos estratos con los antiguos no se realiza normalmente si el niño es incapaz de romper con su viejo mundo (predominio de imágenes emotivas) y permanece dominado por exigencias "primitivas"; o, por el contrario, si en estas circunstancias penetra con excesiva vehemencia en los nuevos estratos de pensamiento objetivo y auto-determinación; o, finalmente, si después de haber experimentado por un breve espacio de tiempo el nuevo estado, vuelve a replegarse hacia sus antecedentes primitivos. Estas tres posibles reacciones originan, según Benjamín (25), los tres tipos de neurosis de la infancia: 1) temor o timidez para entrar en contacto con la realidad; 2) negativismo hacia todo lo que recuerde las limitaciones propias de la primera infancia, y 3) regresión hacia los estados primitivos.

CONCLUSION

La configuración dicotómica del cerebro, junto con el estudio de determinadas funciones y de su interacción dinámica, han dado pie a que los psicólogos aplicaran analógicamente el concepto espacial de estrato a la estructuración de la personalidad humana.

La totalidad funcional del "neoencéfalo" sustentando las más altas funciones psíquicas (cognoscitivas, volitivas y de adaptación) y el "paleoencéfalo" (cerebro primitivo), regulador de las tendencias, impulsos y emociones, serían, de acuerdo con la teoría de los estratos, las estructuras sustentadoras del componente orgánico de la personalidad concebida como un todo psicosomático.

La fisiología cerebral muestra el hecho paradójico de que el cerebro primitivo, siendo origen y soporte del neoencéfalo, es, a su vez, inhibido y controlado por él en sus funciones. Este hecho ha inspirado la interpretación estructuralista de la relación funcional de los estratos entre sí.

Estas hipótesis postulan una definición psicológica del hombre como

(23) KLEIST, K., *Gehirnpathologie, vornehmlich aufgrund der Kriegserfahrungen.* Leipzig: Barth, 1934.

(24) REMPLEIN, H., Op. cit.

(25) BENJAMIN, E., *Grundlagen der Entwicklungsgeschichte der kindlichen Neurose.* Leipzig: Thieme, 1930.

compuesto estratificado de zonas interdependientes: la zona o estrato vital y vegetativo que regula las funciones infrapsíquicas; la zona animal; la zona de las emociones humanas; la zona personal, que ocupa el área endotímica, y la superestructura cognoscitivo-volitiva del "ego", remate de esta organización psico-fisiológica.

Estas teorías tomaron su punto de partida de la dicotomía cerebral. Algunos autores se adhirieron a esta dicotomía; otros la extendieron a tres estratos, y Rothacker, a cinco. Pero, en realidad, todas estas divisiones pueden muy bien reducirse a la dicotomía original. Así, el sistema de los tres estratos de Thiele es realmente bipolar, puesto que el estrato somatopsíquico y el timopsíquico forman en conjunto una zona psicosomática sobre la que se sustenta el estrato poiopsíquico o de las actividades cognoscitivo-volitivo-egocéntricas. La división en cinco capas, que establece Rothacker, puede reducirse también a un sistema bipolar excluyendo los estratos inferiores —vital y vegetativo—, ya que realmente son infrapsíquicos. Los estratos restantes, el animal, el emocional humano y el personal, constituyen una zona básica que sirve de soporte al "ego" —superestructura personal de otros autores— que ha de controlar estos niveles inferiores al mismo tiempo que se encuentra sustentado por ellos.

Estas teorías tienen, pues, una base biológica, sobre la que se han construído diversos modelos de estratificación. Al analizar los elementos componentes —orgánico y funcional— de la personalidad, han tenido el acierto de integrarlos armónica y dinámicamente en un todo psicofisiológico que es como la contrapartida de las psicologías atomizantes y desintegradoras. Como Kurt Goldstein ha dicho, la psicología debe proceder metodológicamente desde una "gestalt" total —personalidad tipo—, e investigar sistemáticamente cada uno de los aspectos de la misma bajo la luz de una hipótesis también total (26).

La fecundidad de las teorías de la estratificación depende, en gran parte, de la exactitud de las estratificaciones anatomo-fisiológicas del sistema nervioso sobre las que se apoyan. Esta interpretación estratigráfica del cerebro no es nueva, pues las patologías clásicas ya le describieron en términos de una dicotomía de áreas corticales localizadas y de áreas corticales no definidas. A esta dicotomía cerebral se le ha dado una significación psicológica, estableciendo un paralelismo entre las diversas regiones cerebrales y las funciones psíquicas localizadas en ellas; y así al cerebro primitivo se le atribuyen las tendencias e instintos, mientras que al neoencéfalo se le atribuyen las actividades cognoscitivo-volitivas.

La primitiva dicotomía no era favorable a una consideración integral de la naturaleza humana. Solamente después de los estudios (Cannon y Bard) que relacionaron al cerebro primitivo con las reacciones emocionales, y los trabajos ulteriores (Goldstein, Brickner, Head, Wei-

(26) GOLDSTEIN, K., *Human Nature in the Ligth of Psychopathology*. Cambridge: Harvard Univ. Press, 1940.

senburg, Fulton, etc.) que concedieron a los lóbulos frontales el control de las más altas funciones mentales, se establecieron unas bases más amplias para las teorías de la estratificación.

La personalidad estratificada se define en estas teorías como un sistema unitario, pero de múltiples, diferentes e interdependientes tipos de aptitudes generales. En el sistema de Rothacker, por ejemplo, los diferentes tipos de personalidad se sustentan sobre alguno de los estratos. Cada una de estas teorías aporta su contribución a una explicación satisfactoria de los tipos y situaciones de la personalidad humana. El estrato que tiene más afinidades con una situación determinada, es el que prevalece en ella sobre los demás; es decir, que, hablando en términos gestaltistas, se hace "figura" mientras los demás permanecen de "fondo", más o menos implicados en la reacción total o actitud del individuo. Cada uno de los estratos situados bajo el "ego" cumple su cometido en función de las exigencias del todo. En ciertas circunstancias normales, y en las "desintegraciones" propias de la personalidad anormal, los estratos inferiores pueden funcionalmente predominar sobre los superiores, es decir, funcionar con una relativa independencia del "yo".

La aplicación de las teorías de los estratos a la psicología genética se ha mostrado hasta ahora de una gran fecundidad. Las interpretaciones de Remplein muestran cómo los diferentes estratos pueden desplegarse (explicarse, en el sentido más etimológico) sucesivamente hasta su total integración en la edad adulta. Aquí se encuentra un importante punto de contacto entre las teorías de la estratificación y la antropología psicológica. El tipo de mentalidad arcaica primitiva definido por Kretschmer como tipo katatímico, y cuyo control radica en los estratos inferiores instintivos, caracteriza también a la psicología de la infancia tanto como a la del hombre primitivo.

Esta base biogenética y filogenética de la teoría de los estratos, en su actual formulación, nos parece excesivamente especulativa y exige, para dar un juicio definitivo acerca de ella, un más amplio desarrollo y extender sus bases experimentales de sustentación.

Las teorías de la estratificación han contribuído grandemente al psicodiagnóstico de la personalidad, al proporcionar un criterio de clasificación y posible análisis de la misma. La psicología de la personalidad, tan fecunda en la elaboración de tests proyectivos, había descuidado la formulación de normas de clasificación de las motivaciones, antecedente necesario para un diagnóstico de la personalidad. Esta deficiencia ha sido superada por Lersch, cuya sistematización de las motivaciones, establecida sobre la base de la estratificación, ha demostrado ser sumamente útil al definir las diferencias tipológicas individuales en función del predominio de los estratos. Este método de clasificación tipológica, aunque superficial como todos, ofrece la ventaja de considerar las tendencias del individuo desde un punto de vista teleológico, que viene a enriquecer notablemente el diagnóstico de cada tipo.

Las doctrinas de la estratificación no sólo han influído notablemente en la psicología genética y en la patológica, sino también en la psicología general. Rechazan la interpretación "horizontal" de las funciones psíquicas, postulando una organización estratificada o "vertical" de las mismas. Por ejemplo, la percepción, como todas las otras funciones psíquicas, se concibe como controlada por un conjunto de estratos superpuestos. Finalmente, estas nuevas doctrinas defienden una "movilidad funcional vertical" de todas las funciones mentales y también en el conjunto de la personalidad.

Las teorías de los estratos están en un momento de máximo interés científico, puesto que numerosos investigadores de diversas escuelas se hallan consagrados a la labor de comprobar experimentalmente los nuevos postulados que, en muchos aspectos, permanecen todavía en el nivel de la especulación. Nos parece prematuro dar un juicio definitivo sobre el valor de estas corrientes. Lo que importa ahora es darlas a conocer para que puedan ser experimentalmente comprobadas. El valor metodológico que encierran en potencia, está precisamente en que abren un ambicioso campo de investigación sobre aspectos y actitudes parciales de la personalidad en función de un todo integral. Estas nuevas corrientes representan una contribución de indiscutible importancia para el desarrollo de la psicología general y para la coordinación de muchas tendencias hasta el momento dispersas en los estudios acerca de la personalidad.

FR. M. UBEDA PURKISS, O. P.